

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. JACINTO MARÍA RUIZ

EN LA SESIÓN DEL SENADO DEL DÍA 5 DE FEBRERO DE 1887

SEÑORES SENADORES:

Creo de mi deber, antes de explicar la interpe-  
lación que tuve el honor de anunciar hace algunos  
meses, solicitar vuestra bondadosa benevolencia,  
y traer á vuestro recuerdo el momento y la ocasión  
y el motivo que dieron lugar á este acto de mi  
parte, para que no extrañéis la contradicción,  
aunque aparente, que ha de resultar entre lo que  
ordinariamente son entre nosotros las interpelacio-  
nes dirigidas á los Gobiernos, y la benevolencia  
con que he de tratar al Gobierno de S. M. y á la  
dignísima primera Autoridad municipal de Madrid,  
mi particular y querido amigo el Sr. Abascal. Uno  
de nuestros ilustrados compañeros, el Sr. Bosch, al  
pronunciar, en los primeros días de la pasada legis-  
latura, uno de sus elocuentes discursos, dijo que el  
Ayuntamiento de Madrid, ¡tan grande y tan pro-  
funda era la crisis por que atravesaba la Villa! se  
había visto en la necesidad de dar trabajo á más  
de 1.000 jornaleros que carecían del necesario sus-  
tento, y coincidía esta triste afirmación con las  
noticias que diariamente daba la Prensa periódica  
de la situación apuradísima de la Corporación mu-  
nicipal, de la negativa del Sr. Ministro de Hacienda  
á aceptar ninguno de los medios que le proponía  
el digno Alcalde de la Villa y Corte, para mejorar  
la situación económica del Municipio, y de la dimi-  
sión anunciada de mi buen amigo el Sr. Abascal.  
En este estado, y con la venia de nuestro respetado  
Sr. Presidente, dirigí en la sesión de 28 de Mayo

una pregunta al Sr. Ministro de la Gobernación,  
con cuyo motivo deseaba yo expresar, aunque bre-  
vemente, las razones que la abonaban.

Cumpliendo el Sr. Presidente con lo que nuestro  
Reglamento ordena para tales casos, no me con-  
sintió razonar mi pregunta, y entonces fué cuando,  
respetando, como era mi deber, el derecho del  
Sr. Presidente, usé del mío, anunciando una inter-  
pelación sobre la administración municipal de  
Madrid. No esperéis, pues, Sres. Senadores, que  
el que yo calificaré de discurso, porque no me ocu-  
rre otro nombre que darle, no esperéis que sea un  
discurso de oposición, ni esperéis que procure hacer  
gala de dotes oratorias, que admiro y envidio en  
vosotros, pero que no tengo yo. ¡Ojalá cualquiera  
de vosotros, con más medios y más autoridad que  
yo, hubiera tomado á su cargo la por todo extremo  
difícil y enfadosa tarea de ir contra la corriente,  
cuasi universal, que critica de una manera acerba  
la gestión del Ayuntamiento, y de probar al Senado  
y al País que no es justa ni razonable la crítica, y  
que no es equitativo exigir responsabilidades á  
quien se le niegan todos los medios que exige una  
buena administración.

Grande es, Sres. Senadores, la misión del Esta-  
do, y vosotros probáis todos los días, en oraciones  
elocuentes, toda la extensión y la importancia que  
dais á las múltiples y complicadas facultades que  
le atribuíis; pero aun cuando las Municipalidades  
ocupan el último grado de la jerarquía de los Po-  
deres, entiendo yo, con un ilustre y competentí-



simo escritor, «que es tal la naturaleza de las funciones que les son propias, que hay pocos asuntos más dignos de la atención del legislador y de las meditaciones del hombre de Estado.» Con efecto, dice un notabilísimo publicista, «que el poder municipal es el más antiguo de los poderes, y que sobre él han elevado los Legisladores el edificio social.» No me sería difícil, aun dada mi deficiencia, haceros una reseña de lo que han sido y son los Municipios en pueblos y civilizaciones que pasaron y en pueblos y civilizaciones que viven y progresan; no me sería imposible daros una ligera idea de lo que fueron nuestros antiguos Municipios; pero vosotros sabéis mucho más y mejor que yo lo que fueron y lo que son estos complicados organismos que extienden su dominio desde la administración propiamente dicha, y desde la gestión de los intereses materiales ó económicos, hasta la dirección de los intereses morales é intelectuales, y prefiero dedicar el tiempo que he de molestaros á tratar el asunto en la esfera puramente práctica y á circunscribir mis observaciones á la administración municipal de Madrid.

Y antes de abordar el examen del presupuesto municipal de la Villa y Corte, me permito preguntar á mi ilustrado amigo el Sr. Ministro de la Gobernación: ¿Cree S. S. que la actual organización del Ayuntamiento de Madrid responde á las necesidades, á las obligaciones, á las exigencias de administración tan vasta y complicada y á la importancia que debe tener el Municipio de la Capital del Reino? ¿Cree su señoría que puede subsistir la dependencia del Ayuntamiento á la Diputación provincial? ¿Cree S. S. que hay equidad en que pague el Ayuntamiento de Madrid las cuatro quintas partes del presupuesto provincial, y que este presupuesto se emplee en gastos y obras que, sólo en pequeñísima parte, aprovechan á Madrid? Entiendo yo, Sres. Senadores, que el Ayuntamiento de Madrid, y quizá, aunque con menos razón, los Ayuntamientos de Barcelona, Sevilla, Valencia, Málaga y algunos más de grandes poblaciones, deberían tener por la ley medios de acción y alguna mayor libertad de procedimientos que los que la ley concede á los Ayuntamientos en general. Entiendo yo que el Ayuntamiento de Madrid debe constituirse con absoluta independencia de la Corporación provincial y debe ser el administrador de lo que su pueblo paga; y entiendo además, que el Ayuntamiento de Madrid, con más razón que otro alguno, debería en su organización reflejar, en más ó en menos, pero reflejar, los principios que infor-

man á los altos Poderes legislativos de la Nación. Yo no deseo que volvamos la vista á los tiempos que pasaron, por más que algo y aun algo pudiéramos encontrar en nuestros antiguos Municipios digno de llamar nuestra atención. Yo no aspiro á que restablezcamos los llamados Regidores perpetuos; pero sí os digo, que entre la duración de una vida y la duración que la ley señala á los concejales, hay un medio término en que puede y debe pensarse. No es posible que en el corto tiempo que duran los cargos concejiles, cuando se trata de una vasta administración como la de Madrid, pueda la generalidad de los nombrados enterarse á fondo de las necesidades de la Villa y Corte, de su complicada contabilidad, del personal que la sirve, de la administración de cada ramo, de las influencias que la mueven, de las corruptelas que existen, etc., etc.

Ocho meses, apelo á mi respetable y respetado amigo, el Sr. Marqués de Torneros, ocho meses estuve yo en el Ayuntamiento sin desplegar mis labios y limitándome á escuchar y á votar. Y por cierto, Sres. Senadores, que, escuchando á los que la Prensa periódica ha calificado de concejales perpetuos, á los Moreno Elorza, á los Jaqueto y á los Chávarri, entre los antiguos, y á los Romero Paz, á los Lúa, á los Dávila y otros dignísimos compañeros, entre los modernos, es como pude yo, ayudado de mi aplicación y de mi estudio, soltar los andadores y tomar una pequeña parte en la discusión de los asuntos de la Villa. Y esta es una nueva razón para procurar, en una ú otra forma, alargar la duración de los cargos municipales, y para conservar, por modo eficaz, las tradiciones de experiencia, de saber y de competencia que tan necesarias son para la buena administración de los intereses de los pueblos.

Hay en nuestro modo de ser, Sres. Senadores, hay en nuestra vida íntima cualidades y defectos que se reflejan en toda nuestra Historia, cualidades y defectos dominantes que nos tienen en la inacción más incomprensible por años y siglos, y que nos llevan á querer realizar en un instante todo lo que hemos dejado de hacer en siglos de pereza. No queremos conformarnos cuasi nunca con las leyes eternas de la evolución, como ahora se dice; no queremos conformarnos con lo que ha mucho tiempo que se dijo: «que la Naturaleza no dá saltos,» y amando como amamos hasta el fanatismo nuestras tradiciones, en nuestro afán de imitar á las Naciones vecinas, y en nuestro imprudente deseo de realizar en un día lo que sólo es producto



del trabajo lento y perseverante de muchas generaciones, pasamos de uno á otro polo de la política y de la administración con una rapidez asombrosa.

Y así como en 1812 nuestros grandes legisladores de Cádiz nos dieron una Constitución democrática, en armonía con los principios que había proclamado la Constituyente francesa, principios que, si en mi pobre juicio, eran un salto difícil para Francia, para nosotros, si no eran un salto mortal, eran por lo menos un salto peligrosísimo, así en la legislación tributaria, en la legislación política y en la legislación municipal, no hemos hecho más, con raras excepciones, que copiar las legislaciones de la Francia, sin tener en cuenta nuestra Historia, nuestras tradiciones y nuestra especial manera de ser en la vida nacional y municipal. Vemos, por ejemplo, aquella Dictadura colectiva que en 1791 hizo de la Francia un vasto territorio dividido en Departamentos de extensión y población cuasi iguales: Departamentos divididos en distritos que se subdividen en cantones, y en estos cantones, comunidades ó Ayuntamientos, con una constitución municipal uniforme, y poco á poco vamos haciendo nosotros lo mismo, exactamente lo mismo que hicieron los dictadores de 1791, y que no se han atrevido á enmendar los Gobiernos que se sucedieron. Que Cataluña tenga costumbres y tradiciones distintas de Andalucía y de Castilla; que Barcelona tenga medios y necesidades y aspiraciones que no puede tener y no tiene un Ayuntamiento de 50 vecinos, no importa; todos los Municipios deben sujetarse á la simetría monótona de unas jerarquías modeladas por la regla común. Que una guerra de siete años primero, y otra guerra de menor duración después, ambas muy sangrientas y costosísimas, tengan como una de sus causas principales la resistencia de los Vascongados á aceptar nuestro sistema administrativo, no importa; hay quien no puede conformarse con que los Vascongados, que han aceptado las grandes instituciones de la Nación, pretendan conservar su organización municipal y provincial, y hay quien no creería precio excesivo una tercera guerra civil, si daba por resultado que la Diputación de Vizcaya y el Municipio de Durango se nombrasen de la misma manera que la Diputación de Burgos y el Ayuntamiento de Alcorcón.

Manía niveladora á que obedecemos por esa imitación servil con que seguimos á la Francia. ¿Por qué, ya que en todos los tonos proclamamos á la Inglaterra como la gran maestra del sistema parlamentario, por qué no imitamos á la Inglate-

rra en la lentitud con que vá haciendo su evolución política y en el respeto que guarda á sus tradiciones municipales? Cuando en 1835 se decidió el Parlamento inglés á elaborar una organización uniforme para sus *Boroughs*, se declaró por disposición expresa de la ley, que la aceptación de sus disposiciones sería facultativa. Comparemos, Señores Senadores, esta forma de legislar con la que se usa en estos países Latinos, en los que se pasa, por ejemplo, una oposición republicana diez y ocho años combatiendo á los Gobiernos imperiales en nombre de las franquicias comunales y de la descentralización administrativa, y cuando llega al poder dicta la ley municipal de 1884 — cuyo espíritu esencialmente autoritario se condensa en el artículo 99 — que dá á los Prefectos y Subprefectos facultades que no han tenido jamás, y que si no anulan, disminuyen en gran manera las atribuciones de los Alcaldes y de los Municipios. — Decía yo, Sres. Senadores, que el Parlamento inglés, al hacer la ley de 1835 — dejó á los *Boroughs* el derecho de aceptarla ó no; pero además, entre muchas y provechosas disposiciones, en vez de aceptar el principio igualitario que informa la legislación francesa y española, organizó sus Municipios con consejeros que se eligen por tres años, los cuales eligen á su vez su Alcalde todos los años, y eligen también los que llaman *Aldermen* por seis años. Los consejeros se renuevan anualmente por terceras partes, y los *Aldermen* por mitad cada tres años. Los *Aldermen* no se distinguen de los consejeros más que en la forma de su nombramiento y en la duración de su mandato. Tienen, sin embargo, algunas atribuciones especiales, como la de reemplazar al Alcalde en ciertos casos y presidir los actos electorales en las secciones.

Dada, pues, la importancia del Ayuntamiento de Madrid, teniendo en cuenta los principios á que obedece la composición de nuestra alta Cámara legislativa, ¿no creería el Sr. Ministro de la Gobernación que la nueva ley municipal debería contener artículos especiales dedicados al Municipio de Madrid? ¿Encontraría el Sr. Ministro conveniencia para la administración municipal en que el Real Consejo de Sanidad, el Consejo de Instrucción pública, el Consejo superior de Agricultura, la Asociación general de Propietarios, la Junta general de Beneficencia, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Asociación general de Ganaderos, etc., etc., nombrasen la décima parte de los concejales de Madrid? Juzgaría el Sr. Ministro conveniente que, conservando al Poder central el



derecho de nombrar el Alcalde de Madrid, se dejase á la Corporación municipal, unida á doble número de mayores contribuyentes, el de nombrar por ocho años los diez Tenientes de Alcalde? ¿No creería el Sr. Ministro convenientísimo para la administración de la Villa que, al desprenderse el Gobierno del derecho de nombrar los Tenientes de Alcalde, exigiera que los nombrados, además de las circunstancias que la ley ordena para los concejales, tuviesen la de poseer una renta determinada ó la de pagar determinada cuota de contribución al Estado? No quiero molestar más tiempo al Senado con estas indicaciones sobre legislación municipal, que, además de ser poco interesantes por ser más, podrán tener lugar con oportunidad mayor en la discusión de la ley de Ayuntamientos que nos ha ofrecido el Gobierno de S. M.

Entro, pues, en la segunda parte de mi interpe-  
lación, que es la que puede tener relativa impor-  
tancia, si alcanzo á presentaros un cuadro fiel de  
la situación económica del Ayuntamiento, de las  
obligaciones cuantiosas y sacratísimas que sobre él  
gravitan, y de los medios insuficientes con que  
cuenta para satisfacerlas. Este Ayuntamiento, pre-  
sidido por mi querido y respetado amigo el se-  
ñor Abascal, el anterior Ayuntamiento, todos los  
Ayuntamientos, al menos los que yo he podido  
conocer y juzgar, han hecho cuanto les ha sido  
posible en beneficio del pueblo de Madrid; todos  
han rivalizado en celo y en inteligencia para me-  
jorar la administración municipal, y en vez de  
merecer las críticas severas de que han sido objeto,  
más que plácemes merecerían, no ya sólo por su  
patriotismo, sino por la abnegación de que han  
dado repetidas muestras, ya sufriendo con pacien-  
cia que se les atribuyan actos, en los que ninguna  
ó pequenísima parte han tenido, ó ya consintiendo  
que todas las deficiencias de la Administración,  
todos los apuros de su erario, todos los resultados  
de nuestra falta de costumbres públicas, todas las  
corruptelas que no han podido extirpar los Go-  
biernos, y que están, por desdicha, encarnadas en  
los Municipios, se hayan supuesto consecuencia de  
lo que hacía ó dejaba de hacer el Ayuntamiento  
de Madrid.

Á 30.698.297 pesetas 6 céntimos ascienden los  
ingresos que consigna el presupuesto municipal  
de 1886 á 1887, cifra nominal, puramente nomi-  
nal, yo os lo afirmo, sin perjuicio de probaros mi  
afirmación. ¿Conocéis, Sres. Senadores, las obliga-  
ciones que ineludiblemente pesan sobre el Ayun-  
tamiento?

Paga al Estado por consumos. Ptas.	8.800.000
Á la Diputación por su contingente.	2.619.530'32
Por intereses y amortización de deudas, censos, pensiones, con- tribuciones é impuestos. . . . .	6.006.575'94
Por cárceles. . . . .	400.000
Por obras nuevas. . . . .	1.047.500
	<hr/>
	18.873.606'26
Agregando á esa suma. . . . .	4.000.000

de déficit probable, forma un total

de. . . . . 22.873.606'26

y queda reducido el presupuesto de la Villa y Corte  
á pesetas 7.824.691'34 para cubrir todos los servi-  
cios que reclama una población de 500.000 almas.  
¿Es esto posible, Sres. Senadores?

1.597.95 pesetas exigen los gastos de arbi-  
trios y rentas municipales;  
2.335.849'57 la dirección y conservación de obras  
municipales;  
3.985.466'12 la policía urbana y rural;

7.919.240'69 en junto,

que exceden todavía á los ingresos verdad y que  
dejan sin dotación alguna á capítulos tan impor-  
tantes, tan sagrados, tan ineludibles como la ins-  
trucción pública, como el alumbrado, como las  
casas de socorro, como las tenencias de alcaldía,  
como el personal del Ayuntamiento, y otros y  
otros á que no puede dejar de atender la Munici-  
palidad de un gran pueblo. Y debo haceros pre-  
sente, Sres. Senadores, que esos servicios de con-  
servación de obras, de policía y de gastos de  
rentas y arbitrios que, como he demostrado, ab-  
sorben ellos solos la totalidad del presupuesto, esos  
servicios, repito, están imperfectamente dotados,  
porque no es posible que las calles y caminos y  
paseos puedan conservarse, sin que se destruyan  
por completo, con la mezquina dotación que se les  
asigna, ni es decoroso que la policía de la corte de  
España no pueda sufrir comparación con la que,  
en otras naciones, tienen ciudades de segundo y  
tercer orden, ni es humanamente posible que sean  
fieles guardadores de nuestras personas, de nues-  
tros bienes y de las rentas de la Villa, los que  
por todo haber tienen poco más que el jornal del  
último de los trabajadores, y la probabilidad de ir  
á presidio si, al defender su vida contra un matu-  
tero, tienen la desgracia de quitársela al agresor.

¿Qué sucede, pues, con nuestro presupuesto  
municipal? Pues sucede, y aquí por primera vez  
resulta un cargo grave para el Ayuntamiento, que  
no será el último, pues sucede, que para cumplir



con la ley, que ordena que los presupuestos se presenten nivelados, en vez de acudir á la única forma aceptable de nivelar un presupuesto, que es aumentar los ingresos ó disminuir los gastos, como la casi totalidad de los gastos son obligatorios por la ley, y la mayor parte de los arbitrios ó impuestos que propone el Ayuntamiento no son aceptados por el Gobierno, y serían además insuficientes para la nivelación, se estiran un tanto los productos calculados de los consumos y otros arbitrios, y se consigue, nominalmente, que el cargo sea igual á la data. Error crasísimo de los señores concejales, porque, además de faltar á lo que la ley desea en su espíritu y su letra, se ilusiona al público, que no estudia estas cuestiones. Pruebas de mi afirmación: comparando las pesetas 2.027.275 que consideró el Ayuntamiento como realizables en el año que vá corriendo por los conceptos que detallan los artículos 3.º, 5.º, 7.º, 12 y 13 del capítulo III del presupuesto, ó sean los arbitrios sobre mercados y diversos servicios, con la recaudación del año anterior y la del año actual en los meses transcurridos, se obtiene la diferencia más que probable de 780.000 pesetas de menor recaudación que la calculada. Haciendo la misma comparación en los artículos 2.º, 3.º, 6.º y 7.º del capítulo IV, en los capítulos V y VI, y en los que el presupuesto llama arbitrios extraordinarios, se llega con una seguridad casi matemática á formular el déficit del Ayuntamiento en el presupuesto corriente en esta forma:

	Pesetas.
En el cap. III.—Déficit en números redondos	700.000
En el cap. IV. . . . .	200.000
En el V. . . . .	300.000
En el VI. . . . .	400.000
En el VII. . . . .	2.300.000
En arbitrios extraordinarios. . . . .	170.000
	4.070.000

Y aseguro á los Sres. Senadores, que me quedo muy corto en mis apreciaciones, y que no comprendo en los capítulos deficientes, ni el I, que se refiere á venta de solares de la calle de Alfonso XII, en los que no obtendrá el Ayuntamiento la mitad de lo presupuestado; ni el II, que se refiere á la Beneficencia, cuyos ingresos no han de enriquecer á las cajas de la Villa. Os ofrecí las pruebas de mi afirmación sobre el déficit y las he aducido. Desearía que el Sr. Ministro de la Gobernación me probase que estoy equivocado. ¿Qué hay que hacer, Señores Senadores, ante la situación que revelan los números con su lógica inflexible? Remediarla á todo trance, y como la enfermedad es grave, y el

enfermo ha perdido gran parte de las fuerzas vitales, no bastan los remedios comunes, sino que es necesario que se decidan á un tratamiento enérgico, el Gobierno, las Cortes, el Ayuntamiento, y sobre todo el País. Y apelo en primer término al País, porque todo esfuerzo sería inútil si el País no ayuda. Es necesario que mis convecinos se persuadan que las deudas del Ayuntamiento son nuestras deudas, y que en último resultado, por modo indirecto, por aumento de impuestos, por reparto vecinal, como quiera que sea, nosotros hemos de pagarlas. Es necesario que, sacudiendo la indiferencia punible con que miramos la administración de la Villa, nos dediquemos todos á ayudar á la casa de todos, y que no ocultemos nuestra pereza musulmana, hasta para dar un voto, detrás de esas preconizadas influencias gubernamentales que son un mito y una verdadera broma, si me permitís la frase. Oídme y juzgad.

Gobernaba el partido conservador, al que me honro de pertenecer; era Ministro de la Gobernación el Sr. Romero Robledo, á quien, con injusticia notoria, tal es mi convicción, atribuían las oposiciones la investidura de gran elector, con más razón, decían, que la que hubo para atribuírsela en su tiempo á los elocuentes y distinguidos hombres públicos, D. Luis González Brabo y D. José Posada Herrera. Si leyeseis y creyeseis á los periódicos de oposición de aquellos tiempos, no había medio á que no acudiese el Sr. Romero Robledo para falsear el voto que iba á dar el pueblo de Madrid en las elecciones municipales. Se coaligaron tres ó cuatro ó seis partidos, todos más liberales los unos que los otros, desde los que hacen de la Monarquía, como nosotros, el símbolo y la encarnación de la Patria, hasta los que no reconocen más ley que el pacto sinalagmático, pasando por republicanos de historia, por republicanos de metafísicas anárquicas, y por republicanos de revolución y de motín. No he de juzgar aquel acto; juzgado está por la conciencia del País, y tengo mis motivos para creer que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, mi ilustre amigo particular, el Sr. Sagasta, no considera aquel acto como el que más puede envanecerle en su vida pública. Pero el hecho es, que vencieron los coaligados al Titán electoral, y que, de buena ó mala manera, enviaron al Ayuntamiento á todos sus Jefes, que, entre paréntesis, hicieron en la Corporación municipal, á pesar de su competencia extraordinaria y de sus talentos fuera de línea, poco más, poco menos que las medianías que se habían sentado antes en aquellos



25 ó 30 millones de pesetas para restablecer su viabilidad.

Pretender que con un presupuesto como el que resulta del estado siguiente:

Empedrados. . . . .	{Jornales. . .	155.155 0'16	por metro.	
	{Materiales. .	231.422 0'24	»	
Aceras. . . . .	{Jornales. . .	110.000 0'30	»	
	{Materiales. .	125.067 0'36	»	
Mac Adam. . . . .	{Jornales. . .	253.764 0'10	»	
	{Materiales. .	307.470 0'23	»	
		1.1882.878		

Desmontes: Asignación anual 60.000 pesetas, á 2'50 el metro, 24.000 metros... se puedan conservar y reconstruir en caso necesario 1.300.000 metros cuadrados de Mac Adam, 950.000 metros de adoquín y cuña y 350.000 metros de aceras, es pretender imposibles, y toda la inteligencia y celo que me complazco en reconocer en el Ingeniero Director y en el personal facultativo á sus órdenes, son y serán insuficientes para hacer estos milagros. Es de todo punto necesario que el Señor Ministro de la Gobernación le conceda al Ayuntamiento de Madrid en la nueva ley el derecho de establecer un impuesto especial para la vía pública, y que desaparezca el monstruoso privilegio que disfrutaban los coches y los carros y los tranvías en Madrid. Estos vehículos son los que gastan la vía pública; ellos son los que deben pagarla, y combinando lo que al público en general aprovecha la vía pública y el barrido de las calles, fácil y justo sería aumentar en un 50 por 100 el arbitrio de coches, carros y vehículos de todas clases y repartir sobre los vecinos, bajo la base de su alquiler de casa, la suma necesaria para completar la dotación del servicio de la vía pública, con más el 10 por 100 del costo de la administración central.

Haciendo, pues, el Ayuntamiento una baja por economías en los servicios de 300.000 pesetas, ahorrando por la diferencia entre lo que hoy gasta y lo que produce la vía pública, pesetas 1.000.000, disminuyendo sus gastos en lo que hoy le cuesta la limpieza de calles y paseos, ó sean pesetas 600.000, y en el 10 por 100 de la administración central, ó sean pesetas 54.000 llegaríamos á una suma de pesetas 1.954.000, á las que agregando pesetas 2.500.000, que debe dar la Nación, tendría el Ayuntamiento de Madrid los medios necesarios para pagar los intereses y amortización de sus débitos, para hacer sus servicios, como es indispen-

sable que los haga, y para levantar un gran empréstito, con el cual quedarían unificadas sus deudas todas y podría dedicar 100.000.000 de pesetas en diez años á las tres ó cuatro grandes vías que Madrid necesita; á rectificar una gran parte de las que existen; á construir los diez edificios que reclaman á voces las tenencias de alcaldía y los servicios de los distritos; á adquirir el material de incendios más perfeccionado, y á comprarle al Estado el Palacio del Congreso, que no tiene condiciones de ningún género para su actual destino, ó edificar de planta un Palacio municipal.

Si además el Ayuntamiento consigue, siguiendo los consejos del que fué su dignísimo secretario y del que lo es hoy, elevar los rendimientos de consumos adonde deben llegar sin gran esfuerzo, poniendo los artículos que se introducen en relación con los que se consumen, tengo la seguridad de que la administración de Madrid no tendrá nada que envidiar á las administraciones de las capitales más adelantadas del mundo civilizado.

He concluído, Sres. Senadores, y os pido perdón humildemente por lo mucho que os he molestado. No quiero terminar, sin haceros una observación que me ocurría leyendo un libro curiosísimo sobre las causas y resultados de la guerra Franco-prusiana. Todas las observaciones, todas las advertencias que llegaban al Emperador Napoleón III antes de la guerra, se estrellaban ante lo que en aquel país se llama *un parti pris*. Ni el General Ducrot, ni el Coronel Stofell, ni Clermont-Tonnerre, ni la bellísima y discretísima Condesa de Pourtales, ni otros muchos, consiguieron desviar al Monarca del camino peligrosísimo en que su terquedad ó la fatalidad le colocaron, y vino la guerra, y con ella la derrota y la humillación de la Francia, y sabe Dios si su ruina en un no lejano porvenir. Ni ahora se trata de la Nación, ni yo soy General, ni siquiera Coronel; pero es la cuestión municipal de Madrid la que ventilamos, y con el derecho que me da mi cualidad de vecino, con el deber que me impone el haber merecido los sufragios de mis conciudadanos, y con ser la administración municipal á la que he dedicado constantemente gran parte de mi tiempo y de mis estudios, os digo con toda la sinceridad de mi alma, que si el Gobierno de S. M., y el Ayuntamiento, y el Pueblo de Madrid no acuden pronto, muy pronto á remediar la situación apuradísima del erario municipal, preveo días de vergüenza para administradores y administrados y grandes responsabilidades para el Gobierno y para el Parlamento. He dicho.



escaños. Prueba plena, demostración innegable de que no es la administración lo que le falta al Ayuntamiento, sino dinero que administrar, y de que todos los talentos y genios de la tierra no alcanzan á convertir en sobrantes los déficits de un presupuesto, cuando los déficits proceden de gastos superiores á las rentas.

Ante este hecho me pregunto yo: ¿por qué lo que pudieron hacer intereses políticos heterogéneos no lo podrían hacer intereses morales y materiales armónicos? ¿Por qué el apoyo resuelto que prestó el pueblo de Madrid á una coalición política, que nada podía darle, y que nada le dió, no podría y debería prestarlo á una coalición de industriales, de comerciantes, de propietarios y de todos los vecinos honrados que, fueran cuales fuesen sus opiniones políticas, tuvieran verdadero interés en la buena administración de la hacienda municipal?

Es, pues, evidente, que cuando el pueblo quiere, el pueblo se impone, y que cuando no se impone, es que la pereza nacional, la indiferencia musulmana ó la interior satisfacción, que echamos de menos en el Ejército, reina como soberana en el corazón del País. Convengamos, sin embargo, en que el País no hará todo lo que fuera de desear, y apelemos en segunda instancia á las Cortes y al Gobierno. Algo he dicho ya de lo que, á mi juicio, pueden y deben hacer el Gobierno y las Cortes; pero aun me permitiré hacer más concretas y más eficaces indicaciones. Todas las Capitales de las Naciones Europeas reciben, por modo directo ó indirecto, subvención de los Gobiernos. El Ayuntamiento de París recibe del Gobierno una subvención por motivos diferentes, que se detallan en el siguiente estado.

	Francos.
Subvención del Estado para los gastos del empedrado y limpieza de las calles de París. . . . .	3.700.000
Ídem del Ministro de Instrucción, para premios de las escuelas. . . . .	6.000
Ídem del Estado, por los gastos ocasionados por las escuelas gratuitas. . . . .	2.165.000
Ídem íd. por los gastos de la policía municipal. . . . .	7.693.825
Indemnización del Estado por gastos del Registro civil. . . . .	39.000
Subvención del Estado para la reconstrucción de la Sorbonna. . . . .	1.400.000
Ídem íd. para las obras de la Escuela de derecho. . . . .	250.000
Ídem íd. para la creación de nuevos Liceos en París. . . . .	500.000
Ídem íd. para las obras del canal de Saint-Denis. . . . .	600.000
	16.353.825

Cuya suma es de 16.353.825 francos, y del Departamento del Sena, 724.700.

	Francos.
Subvención del Departamento del Sena para los gastos de empedrado y limpieza de las calles de París. . . . .	400.000
Ídem íd. para gastos de inspección de mataderos. . . . .	36.400
Ídem íd. para franqueo de cartas. . . . .	19.500
Ídem por gastos de la Prefectura del Sena. . . . .	269.400
Ídem por entretenimiento de los caballos y carruajes del prefecto. . . . .	2.400
Ídem por gastos de material del Ayuntamiento. . . . .	5.000
	724.700

Ya sé que me diréis que, ni como área edificada, ni como población, puede compararse París con Madrid; pero, aun reduciendo el auxilio á la población relativa, pasa de 3 millones de pesetas lo que debería recibir Madrid.

El Gobierno Italiano, cuya Capital tiene una población muy aproximada á la nuestra, ha fijado su atención en las múltiples necesidades y en los insuficientes recursos del Municipio de la Capital: ha visto con dolor que todo el patriotismo y todos los esfuerzos de sus Ediles eran ineficaces para nivelar su presupuesto, y ha acudido en auxilio del Ayuntamiento de Roma, presentando á las Cámaras lo que es ya hoy la ley llamada del *Concorso governativo*, que concede al Municipio Romano una subvención de 2½ millones de liras por espacio de veinte años.

Con este generoso y espléndido auxilio, unido á la continuada progresión de sus ingresos, ha podido aquel Municipio reducir su déficit en la manera que demuestra el siguiente estado:

En 1879, el déficit del presupuesto municipal ascendió á. . . . .	4.251.476,84
En 1880 á. . . . .	1.103.344,26
1881 á. . . . .	890.650,02
1882 á. . . . .	586.417,40
1883 á. . . . .	441.182,27

y en 1884, 1885 y 1886 ha seguido la misma progresión venturosa hasta reducirse á una cantidad relativamente de poca importancia. Y no ha sido ese feliz resultado el único que ha obtenido la Capital del Reino de Italia con la decisión de su Gobierno. Ha contratado un empréstito de 150 millones de liras para atender á la mejora de las vías públicas y de todos los servicios municipales, y no pasarán muchos años sin que Roma, sin perder su inmensa y singular grandeza histórica, sea una de las Capitales de Europa más notables por su belleza y su salubridad. Inspírese el Gobierno de S. M. en estos elocuentes ejemplos; haga por nuestra Capital lo



que todas las Naciones hacen por las suyas; traiga á los Cuerpos Colegisladores una ley constitutiva del Ayuntamiento de Madrid, que le dé la independencia que exige el decoro de la Corporación y los recursos que necesita para cumplir con las exigencias de una población de 500.000 almas, llamada á duplicarse en los primeros años del siglo xx. Y no crea el Gobierno de S. M. que, al hacer esto, dispensa un favor gratuito al Municipio de Madrid. Los servicios de aceras, de empedrados, de alumbrado, de alcantarillas, de policía, y otros y otros importantísimos que presta el Ayuntamiento al Gobierno de la Nación, valen muchos miles de pesetas, como tuve el honor de indicaros en otra ocasión, y además, es decoro del Gobierno y decoro del País que la Capital de la Monarquía sea digna del País y de los altísimos Poderes que la habitan.

Y ¿qué debe hacer el Ayuntamiento para mejorar su situación y para hacerse más merecedor cada día de la protección del Gobierno y del País?

Mucho, muchísimo puede hacer la Corporación municipal, y conociendo, como conozco, su inteligencia, su patriotismo y su rectísima intención, y teniendo, como tiene, la fortuna de ser presidida por un distinguidísimo compañero nuestro, cuyas reconocidas y singulares dotes de carácter compiten con su actividad y sus especiales conocimientos, me atrevo á asegurar que hará todo lo que el País y el Gobierno tienen derecho á esperar. Innecesario es que yo me dedique á examinar uno á uno los servicios de esa vasta administración municipal, y por otra parte os he molestado ya largo tiempo y deseo por vosotros y por mí terminar esta sobrado larga peroración; pero aunque sea á grandes rasgos, no como advertencias, que ni tengo derecho ni deseo de dirigir, sino como consejos de un amigo á aquella Corporación á que siempre me honraré de haber pertenecido, he de decir mis opiniones leales y honradas, valgan por lo que valgan, y sin más interés que el interés del Ayuntamiento y del pueblo que me honró con sus sufragios. No por culpa de este Ayuntamiento, ni del anterior, ni de ninguno en particular; por culpa de todos, por culpa de los Gobiernos, por culpa de los administrados, porque en la administración municipal arraigan aún con más vigor las corruptelas que en la administración del Estado; por mil otras razones que no son de este lugar, ni de este momento, el hecho es que hay arbitrios que pueden y deben producir más, mucho más de lo que producen, y hay servicios que cuestan más, mucho más de lo que deben

costar. No quisiera yo que ni el Ayuntamiento, ni su digno Presidente, cayesen en el vulgar error de creer que, suprimiendo dos porteros ó rebajando 1.000 reales en el sueldo de un escribiente, se mejora el presupuesto de la Villa.

Sin negar yo que sean necesarias algunas reformas en la organización del personal de los servicios, y que acaso después de un detenido estudio resultase probado que la oficina que hoy está servida por 20 empleados pudiera estarlo con 19, la verdad es que el cuerpo de empleados del Ayuntamiento se compone, en general, de empleados de inteligencia y honradez reconocidas, y que á su frente está aquel celosísimo y por todo extremo inteligente funcionario, que, en unión con el nunca bastante llorado D. José Dicenta y Blanco, modelo de empleados y de amigos, hizo aquel estudio magistral de la administración municipal de París, que debería ser tenido muy en cuenta por todos los señores concejales, porque allí se trazan todas ó cuasi todas las mejoras de que es susceptible nuestro Municipio. No; no es en las economías pequeñas donde debe buscarse el remedio al mal que lamentamos. Aun cuando, después de prolijo examen, encontrásemos que, como he dicho antes, la oficina servida por 20 empleados pudiera serlo por 19, es más que seguro que á la vez descubriríamos que las dotaciones son mezquinas y que el ahorro del empleo suprimido era necesario anularlo por el aumento de otro empleo insuficientemente dotado. Procure el Ayuntamiento averiguar por qué, por ejemplo, cuesta la Guardia municipal en Roma 510.000 pesetas, y por qué cuesta en Madrid 695.000; por qué el alumbrado de Roma con 5.142 faroles cuesta pesetas 750.000, y en Madrid pagamos 1.250.000 pesetas por 7.500 faroles; por qué en la Instrucción primaria con 392 maestros y auxiliares, gasta Roma pesetas 960.000, y Madrid gasta 1.050.000 pesetas con sólo un personal de 261; y si además investiga y encuentra las causas de por qué la administración de consumos les cuesta á los romanos 800.000 pesetas, y nos cuesta en Madrid 1.340.000; y por qué el servicio médico se hace en Roma por 150.000 pesetas y en Madrid por 360.000, yo no dudo que hallará la digna Corporación medios de economizar muchos miles de pesetas en estos y en los otros servicios de la Villa. Yo no quisiera que ahorrarse un solo real; antes bien quisiera que dotase con doble cantidad de la que su presupuesto señala al servicio de vías públicas, si no quiere que, en cinco ó seis años más, queden completamente destruídas, y sea necesario gastar



25 ó 30 millones de pesetas para restablecer su viabilidad.

Pretender que con un presupuesto como el que resulta del estado siguiente:

Empedrados. . . . .	{ Jornales. . .	155.155 0'16	por metro.
	{ Materiales. .	231.422 0'24	»
Aceras. . . . .	{ Jornales. . .	110.000 0'30	»
	{ Materiales. .	125.067 0'36	»
Mac Adam. . . . .	{ Jornales. . .	253.764 0'10	»
	{ Materiales. .	307.470 0'23	»
		1.1882.878	

Desmontes: Asignación anual 60.000 pesetas, á 2'50 el metro, 24.000 metros... se puedan conservar y reconstruir en caso necesario 1.300.000 metros cuadrados de Mac Adam, 950.000 metros de adoquín y cuña y 350.000 metros de aceras, es pretender imposibles, y toda la inteligencia y celo que me complazco en reconocer en el Ingeniero Director y en el personal facultativo á sus órdenes, son y serán insuficientes para hacer estos milagros. Es de todo punto necesario que el Señor Ministro de la Gobernación le conceda al Ayuntamiento de Madrid en la nueva ley el derecho de establecer un impuesto especial para la vía pública, y que desaparezca el monstruoso privilegio que disfrutaban los coches y los carros y los tranvías en Madrid. Estos vehículos son los que gastan la vía pública; ellos son los que deben pagarla, y combinando lo que al público en general aprovecha la vía pública y el barrido de las calles, fácil y justo sería aumentar en un 50 por 100 el arbitrio de coches, carros y vehículos de todas clases y repartir sobre los vecinos, bajo la base de su alquiler de casa, la suma necesaria para completar la dotación del servicio de la vía pública, con más el 10 por 100 del costo de la administración central.

Haciendo, pues, el Ayuntamiento una baja por economías en los servicios de 300.000 pesetas, ahorrando por la diferencia entre lo que hoy gasta y lo que produce la vía pública, pesetas 1.000.000, disminuyendo sus gastos en lo que hoy le cuesta la limpieza de calles y paseos, ó sean pesetas 600.000, y en el 10 por 100 de la administración central, ó sean pesetas 54.000 llegaríamos á una suma de pesetas 1.954.000, á las que agregando pesetas 2.500.000, que debe dar la Nación, tendría el Ayuntamiento de Madrid los medios necesarios para pagar los intereses y amortización de sus débitos, para hacer sus servicios, como es indispen-

sable que los haga, y para levantar un gran empréstito, con el cual quedarían unificadas sus deudas todas y podría dedicar 100.000.000 de pesetas en diez años á las tres ó cuatro grandes vías que Madrid necesita; á rectificar una gran parte de las que existen; á construir los diez edificios que reclaman á voces las tenencias de alcaldía y los servicios de los distritos; á adquirir el material de incendios más perfeccionado, y á comprarle al Estado el Palacio del Congreso, que no tiene condiciones de ningún género para su actual destino, ó edificar de planta un Palacio municipal.

Si además el Ayuntamiento consigue, siguiendo los consejos del que fué su dignísimo secretario y del que lo es hoy, elevar los rendimientos de consumos adonde deben llegar sin gran esfuerzo, poniendo los artículos que se introducen en relación con los que se consumen, tengo la seguridad de que la administración de Madrid no tendrá nada que envidiar á las administraciones de las capitales más adelantadas del mundo civilizado.

He concluido, Sres. Senadores, y os pido perdón humildemente por lo mucho que os he molestado. No quiero terminar, sin haceros una observación que me ocurría leyendo un libro curiosísimo sobre las causas y resultados de la guerra Franco-prusiana. Todas las observaciones, todas las advertencias que llegaban al Emperador Napoleón III antes de la guerra, se estrellaban ante lo que en aquel país se llama *un parti pris*. Ni el General Ducrot, ni el Coronel Stofell, ni Clermont-Tonnerre, ni la bellísima y discretísima Condesa de Pourtales, ni otros muchos, consiguieron desviar al Monarca del camino peligrosísimo en que su terquedad ó la fatalidad le colocaron, y vino la guerra, y con ella la derrota y la humillación de la Francia, y sabe Dios si su ruina en un no lejano porvenir. Ni ahora se trata de la Nación, ni yo soy General, ni siquiera Coronel; pero es la cuestión municipal de Madrid la que ventilamos, y con el derecho que me da mi cualidad de vecino, con el deber que me impone el haber merecido los sufragios de mis conciudadanos, y con ser la administración municipal á la que he dedicado constantemente gran parte de mi tiempo y de mis estudios, os digo con toda la sinceridad de mi alma, que si el Gobierno de S. M., y el Ayuntamiento, y el Pueblo de Madrid no acuden pronto, muy pronto á remediar la situación apuradísima del erario municipal, preveo días de vergüenza para administradores y administrados y grandes responsabilidades para el Gobierno y para el Parlamento. He dicho.